

# La Ética de Guardini como camino de fidelidad al ser

Josefina Basombrío

## I. Introducción

La invitación a estas Jornadas de homenaje señalaba como una de sus finalidades principales reactivar la lectura y meditación de las obras de Guardini.

La riqueza y profundidad del pensamiento de este autor, y la cercanía<sup>1</sup> y actualidad con que plantea las distintas cuestiones, hacen que esta invitación sea acogida con facilidad y entusiasmo.

A través de la lectura, es fácil advertir una serie de intuiciones y preocupaciones fundamentales que Guardini trata y profundiza en distintos contextos. Entre ellas, me ha llamado la atención particularmente la vivencia de la fidelidad.

Mi intención con este trabajo fue considerar, a la luz de las reflexiones que el mismo autor hace sobre esta virtud, si la fidelidad es una exigencia ética más entre otras, o si constituye –y esa es mi hipótesis de trabajo- la raíz de toda existencia ética.

Me he concentrado sobre todo en la versión española de dos obras de Guardini<sup>2</sup>: *Una ética para nuestro tiempo* (publicada en 1965) y en el conjunto de lecciones de Ética impartidas por el autor en la Universidad de Munich entre los años 1950 a 1962<sup>3</sup> que se publicó en totalidad –en su idioma original- precisamente para conmemorar el 25 aniversario de su muerte<sup>4</sup>.

## II. Reflexión desde la experiencia de la fidelidad

La fidelidad es un tema que aparece con frecuencia y con distintos enfoques en los escritos de Guardini.

¿Y qué es la fidelidad? Comenzaremos con dos textos de Guardini.

El primero, del discurso que dio en 1962 en Bruselas, al recibir el premio al mejor humanista europeo<sup>5</sup>, en el que refiriéndose a la fidelidad afirmaba:

“Sé que esa palabra lleva pegada toda clase de sentimentalismos; sé también que se ha hecho muy mal uso de ella, a menudo precisamente por parte de los que no cumplían ninguna fidelidad, pero tenían necesidad de gente con la que poder contar. Pero debe haber fidelidad: el honor del hombre depende de que haya algo

---

<sup>1</sup> El especialista en el pensamiento de Guardini, Alfonso López Quintás, en su *Estudio introductorio* a la obra *Ética. Lecciones en la Universidad de Munich*, BAC, Madrid 1999, caracteriza el estilo guardiniano como “concreto, holista, fenomenológico y existencial” (cfr. pp. XXXV-XXXVIII).

<sup>2</sup> Utilicé las siguientes ediciones de las obras de Guardini: *Ética. Lecciones en la Universidad de Munich*, BAC, Madrid 1999 y *Una ética para nuestro tiempo. Reflexiones sobre formas de vida cristiana*, Lumen, Buenos Aires 1994. Para citarlas, en adelante utilizaré respectivamente las siguientes siglas: *ELM* y *EPT*.

<sup>3</sup> “El autor mismo tenía una alta estima de sus lecciones de ética, que finalmente no pudo publicar a pesar de haberlo intentado en más de una ocasión”, *ELM*, p. 5, Prólogo realizado por Franz Henrich.

<sup>4</sup> Como señala López Quintás en su *Estudio introductorio*, durante su vida “Guardini publicó en ediciones aparte algunas de estas lecciones, por ejemplo *Las etapas de la vida* y *El encuentro*” (*ELM*, p. XXXIV).

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. XXIII.

por lo que esté dispuesto a ponerse realmente en juego; aquello en que están sus raíces; patria y comunidad de vida”<sup>6</sup>.

El segundo, de *Una ética para nuestro tiempo* donde dice: “A continuación vamos a tratar de fidelidad, y el objeto de nuestra consideración implica que tomemos conciencia del matiz que hoy tiene la palabra. En efecto, nos da vergüenza usarla. Como otras tantas designaciones de virtudes, ésta ya no nos suena del todo auténtica, nos suena demasiado grandiosa, demasiado patética y, frente a la complicada realidad de nuestra vida, demasiado sencilla.

(...). A pesar de eso, sigue siendo cierto que nuestra vida descansa en la fidelidad. Así que haremos bien en meditar qué significa esta desgastada palabra”<sup>7</sup>.

En ambos casos se refleja cómo la fidelidad ha sido mal interpretada y en muchas ocasiones se ha abusado de ella. A su vez destaca Guardini que la fidelidad es una realidad de la que no se puede prescindir, y afirma incluso que nuestra vida descansa en la fidelidad.

Al conocer detalles más concretos de su vida, advertimos que la fidelidad es una cuestión que se le planteó existencialmente a Guardini ya en su juventud, cuando debió optar entre Italia –su patria de origen y la patria de sus padres- ó Alemania –donde vivía desde su infancia- para hacer su carrera y orientar su ejercicio profesional<sup>8</sup>. El autor optó por Alemania<sup>9</sup>, ya que debía a ésta el idioma y su formación intelectual<sup>10</sup>. Aclaraba que había hecho esa elección “sin quebrantar una fidelidad, pues eso ocurría dentro de un contexto que abarcaba ambos dominios y que se llamaba Europa”<sup>11</sup>.

Aparece así entonces como alguien autorizado en el tema. Su reflexión sobre la fidelidad no es de un modo objetivista, distante, “de catedrático”, sino que es fruto de un “pensamiento cómplice”<sup>12</sup> para utilizar las expresiones de Kierkegaard que el autor recoge en el texto de la *Ética*<sup>13</sup>. Para Kierkegaard –señala Guardini- sólo puede conocer la fidelidad quien “se mete seriamente en el fenómeno”; es decir, quien “se siente personalmente concernido por él”, quien “está dispuesto a asumir los riesgos de ser fiel”<sup>14</sup>. “Formulado de modo tajante, si quiero entender qué es la fidelidad, debo reflexionar desde mi fidelidad: si soy consecuente con ella, si fallo en

<sup>6</sup> GUARDINI, R.: *Europa: tarea y realidad*, *Obras de Romano Guardini*, T. I, Ediciones Cristiandad, Madrid 1981, p. 15.

<sup>7</sup> *EPT*, p. 97.

<sup>8</sup> Cfr. GUARDINI, R.: *Europa: tarea y realidad*, *op. cit.*, pp. 14-15. Refiere el autor que sus padres eran italianos, “patriotas apasionados”. Sin embargo, siendo él un niño debieron trasladarse a Alemania por motivos laborales.

<sup>9</sup> El autor justifica esta elección: “Viéndolo desde lo espiritual, debía yo ejercer mi profesión en Alemania, pues mi cultura y mis concepciones de la vida eran alemanas: más aún, yo pensaba en alemán, pues se piensa en un sólo idioma” (*Europa: tarea y realidad*, *op. cit.*, p. 14).

<sup>10</sup> *ELM*, pp. 553-562. Aunque nombramos separadamente ambos elementos: idioma y formación intelectual, Guardini destaca con gran fuerza que “el conocimiento, así como su sistematización científica se encuentran íntimamente conexiónados con la palabra” (p. 553); afirma también que “incondicionalmente se copertenecen el hablar y el pensar” (p. 559).

<sup>11</sup> GUARDINI, R.: *Europa: tarea y realidad*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>12</sup> Cfr. *ELM*, p. 231.

<sup>13</sup> Como se señala en el Prólogo de la misma, Guardini reconoce abiertamente que para escribir la *‘Ética’* no abrió ni un libro (cfr. *ELM*, p. 4). Por tanto las referencias a otros autores –como sucede en este caso con Kierkegaard-, no incluyen citaciones de sus obras.

<sup>14</sup> Cfr. *ELM*, p. 231.

ella"<sup>15</sup>. Y este es el caso de Guardini ya que para llegar a la esencia del fenómeno de la fidelidad<sup>16</sup>, cumple con la exigencia de "hacer suyo lo que piensa", de "apostar con la propia existencia"<sup>17</sup>.

En las dos obras analizadas, me parece ver reflejadas tres dimensiones fundamentales de la fidelidad, que utilizaré como esquema de mi exposición. Esta exposición no tendrá un carácter lineal, sino más bien circular. Por tanto, no se trata de añadir nuevos elementos, cosas distintas a las ya dichas; sino de profundizar en las mismas realidades desde nuevas perspectivas.

Así –de la mano de Guardini- estudiaremos la fidelidad entendida:

- a) como aceptación;
- b) como fuerza que supera el tiempo;
- c) como confianza.

### **a) Fidelidad como aceptación**

En *Una ética para nuestro tiempo* Guardini incluye como dos virtudes distintas la fidelidad y la aceptación<sup>18</sup>. Sin embargo, por el modo como las enfoca, me parece que no es forzar su pensamiento decir que en cierto modo la fidelidad puede ser entendida como aceptación.

Así, fidelidad al ser es aceptación del ser. Al comienzo de la gran *Ética* señala Guardini que "El 'ser', o, más exactamente 'lo que es', es aquello con lo que nos chocamos, aquello que nos obliga a que lo consideremos como algo que está ahí y con lo que tenemos que contar"<sup>19</sup>. Por tanto frente al ser, la primera actitud que debemos tener es una actitud de fidelidad a lo dado: "En primer lugar en el sentido de no querer borrar nada de lo que existe; y luego, también, en el sentido más profundo de que todo cambio y novedad, si no quiere quedarse en fantasía, tiene que insertarse en una aceptación previa"<sup>20</sup>.

En primer lugar, eso "dado" que debe aceptarse es lo que Guardini llama la "figura constitutiva": que abarca nuestro propio ser<sup>21</sup>, el ámbito vital del que provenimos –padres y hermanos<sup>22</sup>-, el entramado geográfico-etnológico que llamamos patria<sup>23</sup> y la propia situación histórica<sup>24</sup>. La aceptación del propio ser es presupuesto para la aceptación de los demás y de las cosas.

No desconoce Guardini las dificultades con que nos enfrentamos en este punto. La dificultad mayor es la de la aceptación de uno mismo, renunciar a ser otra

<sup>15</sup> Cfr. *ELM*, pp. 230-232: Guardini critica los extremos a los que puede llevar un planteamiento así, pero señala que "supone un saludable frenazo al nada responsable objetivismo del pensamiento que también se conoce como "académico" en el peor sentido de la palabra".

<sup>16</sup> "El conocer presupone que existe una esencia de la cosa que tiene vigencia independientemente de cuál sea mi actitud con ella" (*ELM*, p. 232).

<sup>17</sup> *ELM*, p. 231.

<sup>18</sup> Cfr. *EPT*, pp. 43-57 (sobre la aceptación) y pp. 97-107 (sobre la fidelidad).

<sup>19</sup> *ELM*, p. 21.

<sup>20</sup> *ELM*, p. 425.

<sup>21</sup> Cfr. *ELM*, pp. 51-55. Con gran realismo presenta Guardini diversos aspectos que conforman al individuo, tanto sean externos a él (lo que llama entorno), como los propios del sujeto (lo que llama "condiciones del sujeto": su aspecto físico, sus órganos con sus capacidades y/o limitaciones, sus talentos y habilidades, etc.).

<sup>22</sup> Cfr. *ELM*, pp. 399-404.

<sup>23</sup> Cfr. *ELM*, pp. 406-415.

<sup>24</sup> Cfr. *ELM*, pp. 416-424.

cosa que lo que uno es, conformarse con uno mismo<sup>25</sup>. “Todo esto se hace especialmente difícil –dice- cuando experimento no sólo los límites de mi ser, sino también sus insuficiencias y defectos: daños en la salud corporal, trastornos psíquicos, taras de los padres o antepasados, amenazas provenientes de la situación social o histórica, etc.”<sup>26</sup>. Por eso señala que la aceptación requiere un cierto ascetismo.

A su vez resulta difícil mantenerse fiel al ser de las cosas ya que muchas veces podemos engañarnos<sup>27</sup> y –llevados por estados de ánimo, modas, etc.- reconocer valor, a lo que no lo tiene<sup>28</sup> o quitar valor a lo que lo tiene, porque el hecho de reconocerlo nos exigiría un cambio de actitud o un esfuerzo para el que no nos sentimos capacitados.

El carácter ascético de la aceptación se pone en juego también en la relación con los demás, tal como lo refleja el autor en el análisis pormenorizado que hace de las virtudes en *Una ética para nuestro tiempo*<sup>29</sup>.

Advertimos así la riqueza de la aceptación, y la importancia que tiene en el pensamiento de Guardini que ha dado incluso nombre a su conocida obra *La aceptación de sí mismo* (1953). Sin embargo, nos planteamos: ¿es acaso la aceptación una propuesta de aprobación conformista del propio ser, o de la propia realidad social o histórica, con sus defectos y limitaciones?

Claramente no es esa la postura de Guardini y no sería correcto deducir esto de la lectura de su obra; ya el segundo capítulo de la *Magna Ética* lo dedica precisamente al fenómeno del mal<sup>30</sup>. La aceptación, ese *no querer borrar nada de lo que existe*, no se opone a la actividad humana. La aceptación sólo constituye una condición previa<sup>31</sup> de la vida ética. El hombre está llamado a realizar el bien en el mundo aportando “su granito de arena”<sup>32</sup>; está llamado a cambiar lo que haga falta para instaurar el bien en el mundo<sup>33</sup>, y sobre todo está llamado a perfeccionarse a sí mismo desplegando todas sus potencialidades<sup>34</sup>. “Dentro de mí mismo –dice Guardini- yo tengo que distinguir entre lo que es correcto y lo que no lo es, entre el bien y el mal. Precisamente la función más profunda de la libertad está en ese juicio sobre uno mismo: en el examen constante y en la voluntad siempre renovada de

<sup>25</sup> Cfr. *ELM*, p. 397.

<sup>26</sup> *ELM*, p. 397.

<sup>27</sup> Dice al respecto el autor: “La cultura de cada persona puede definirse, precisamente, como la capacidad de distinguir entre valores auténticos y falsos, y el nivel de cultura como la precisión, la certeza y la fuerza con que un hombre responde sobre el grado de un valor y la pertinencia del valor” (*ELM*, p. 22).

<sup>28</sup> Cfr. *ELM*, p. 22.

<sup>29</sup> Sólo haré referencia a algunos ejemplos de esa aceptación que se pone en juego en muchas virtudes: en la justicia (“Por ejemplo, la cuestión elemental es saber si concedemos al otro el derecho a ser como es”; p. 79); en la comprensión (“sólo comienza cuando salgo de la relación “simpatía-antipatía” e intento dejar valer al otro tal como es”, p. 166); en la amistad (“¿Cuál sería el más puro cumplimiento de lo que significa amistad? Que un amigo tuviera sobre el otro este sentir: en su mirada soy completamente el que soy”, p. 171) y en la cortesía (“Reconoce en el otro el bien, y le hace sentir que se lo estima”, p. 177).

<sup>30</sup> Cfr. *ELM*, pp. 59-82.

<sup>31</sup> Cfr. *ELM*, pp. 50-51.

<sup>32</sup> Cfr. *ELM*, pp. 420-421.

<sup>33</sup> Cfr. *ELM*, pp. 234-237. Bajo el título *El paso a la realización exterior* destaca Guardini -con gran profundidad metafísica-, la necesidad de que la acción moral pase del plano interno al externo, de la conciencia al ser.

<sup>34</sup> Cfr. *ELM*, p. 50.

superar el bien y el mal. Ésta es la base de todo esfuerzo ético y de todo desarrollo moral<sup>35</sup>.

Es en este punto donde me parece advertir un límite en la noción de aceptación, o más bien en la comprensión de lo que ésta implica. La aceptación puede ser entendida como fidelidad<sup>36</sup>: ser fiel al ser de las cosas es tomar frente a ellas una actitud no “creativa” sino “obediente”<sup>37</sup>. Pero el concepto de fidelidad refleja quizá con mayor profundidad y alcance la propuesta ética del autor, ya que resalta más el carácter activo de la vida ética frente a los desafíos que la vida va planteando. Por eso, al referirse al sentido de la fidelidad dice Guardini “Se puede describir como una fuerza que supera el tiempo, es decir, la transformación y la pérdida, pero no como la dureza de la piedra, en firmeza fija, sino creciendo y creando de modo vivo”<sup>38</sup>.

## b) Fidelidad como fuerza que supera el tiempo

Aquí entra en juego lo que llama la “figura evolutiva de la vida”<sup>39</sup>, esto es, la dimensión temporal del hombre tan profundamente meditada por nuestro autor<sup>40</sup>. “El hombre, como todo lo viviente, empieza a existir como semilla, y pasa por diferentes fases de desarrollo: embrión, niño, adolescente, joven, mayoría de edad, vejez y finalmente la muerte”<sup>41</sup>. Cada una de estas fases, constituyen la ocasión en la cual esa “aceptación inicial” es puesta en juego.

La fidelidad nos permite mantenernos en nuestro propio ser en el transcurso de la vida<sup>42</sup>, sobre todo frente a la presencia de dificultades: “fidelidad significa permanecer firme en una responsabilidad, a pesar de daños y peligros”<sup>43</sup>. Pero no es un mero “permanecer”, un simple “durar”. La fidelidad como fuerza *viva* nos permite crecer en el propio ser e ir desarrollándonos de acuerdo con él. Y también, como fuerza *viva*<sup>44</sup>, permite que nos adaptemos a los cambios que sufran las cosas o los demás, sin traicionar tampoco su ser.

<sup>35</sup> ELM, pp. 398-399.

<sup>36</sup> El mismo autor refiriéndose a la aceptación de sí mismo recurre a la noción de fidelidad: “Soy *fiel* a mi mismo, porque yo soy para mí lo que se me ha asignado” (ELM, pp. 396-397).

<sup>37</sup> ELM, p. 232.

<sup>38</sup> EPT, p. 99.

<sup>39</sup> Cfr. ELM, pp. 55-56.

<sup>40</sup> La ética contiene un capítulo específico *Las edades de la vida y el conjunto del proceso vital* (enmarcado a su vez dentro del Apartado La variedad de las tareas éticas) que el autor publicó en 1960, conservando su carácter de conferencia. Para la cuarta edición de la obra, el autor enriqueció el texto con dos aportaciones más: “*Las edades de la vida y la filosofía*” que pronunció en la Universidad de Munich con ocasión de su setenta cumpleaños, y con una de la serie de charlas radiofónicas del autor “*Sobre el atardecer de la vida*”. Cfr. *La aceptación de sí mismo y Las edades de la vida*, Lumen, Buenos Aires 1994, pp. 45-46.

<sup>41</sup> ELM, p. 55.

<sup>42</sup> ELM, pp. 130-141. Resulta sumamente interesante la reflexión del autor sobre la memoria y la previsión como modos en que tomamos conciencia de las dos dimensiones temporales del entramado vital: la memoria (que nos hace presente el pasado) y la previsión (que en conexión con lo acaecido antes, nos abre camino hacia el futuro).

<sup>43</sup> EPT, p. 101.

<sup>44</sup> “‘Vivir’ significa que la personalidad crece y cambia. Muchas cualidades aparecen cuando se es niño, muchas al madurar, muchas sólo en años tardíos. (...) Puede ocurrir que uno se sienta abandonado en la estacada, incluso engañado, como si la otra persona se hubiera deformado, mientras que en realidad sólo fue una evolución viva lo que le ha sacado a la luz las nuevas facetas. También aquí es el momento de la fidelidad, de que supere y dure más allá del cambio. Y no con fijeza y coerción, sino de tal manera que el uno reciba al otro una y otra vez de nuevo, y de nuevo se amolde a él” (EPT, pp.100-101).

Ahora bien, si observamos el comportamiento de los animales, advertimos que la mayor fidelidad en el tiempo y la mayor adaptación es la que se da en ellos<sup>45</sup>. Observa Guardini: “Ningún animal sigue la tendencia a la alimentación, de la misma manera que el hombre, que convierte el placer en objetivo por sí mismo, y se daña a sí mismo. En ningún animal alcanza la tendencia sexual una desmesura y una arbitrariedad como en el hombre, que se deja arrastrar por ella a la destrucción de la vida y el honor. Ningún animal tiene tal gusto por matar como el hombre, cuyo belicismo no tiene ninguna auténtica correspondencia en el reino animal. Y además, el animal realiza todos estos procesos con una seguridad extraordinaria”<sup>46</sup>.

Podría objetarse entonces, que la fidelidad no es un fenómeno específicamente humano y por tanto, no sería exacto describir la ética como un camino de fidelidad al ser.

Esto es cierto en un sentido y el autor lo reconoce<sup>47</sup>: aparentemente el animal es más fiel que el hombre a su ser y al ser de las cosas. Sin embargo, sólo se puede hablar de fidelidad en el animal de manera impropia<sup>48</sup>. Guardini señala que la fidelidad es un fenómeno humano, y como tal supone libertad y conocimiento<sup>49</sup>. El animal actúa con perfecto sentido, pero no tiene conocimiento del sentido<sup>50</sup>. En cambio, cuando el hombre actúa, “capta lo que existe, lo introduce en su interior, lo relaciona con su propia existencia, pero de tal forma que al mismo tiempo capta su sentido mismo en cuanto tal, toma conciencia de él, lo entiende”<sup>51</sup>. Hay en el hombre una actividad interior libre<sup>52</sup> que en los animales no se da. Éstos son fieles a su ser y se acomodan con bastante exactitud a las nuevas circunstancias, pero esa “pseudo fidelidad” –no emplea el autor esta expresión– se da en ellos de un modo necesario, viene determinada por naturaleza.

Así se entiende la distinción que hace el autor entre las categorías de “seguridad” y de “confianza”. En relación a los animales podemos experimentar “seguridad”, ya que es posible anticipar con bastante acierto cómo van a evolucionar éstos, dadas determinadas condiciones; e incluso –y esto es lo más significativo– se pueden prever sus reacciones y conductas. En relación al hombre la cosa se modifica, porque la presencia del espíritu hace que éste pueda comportarse en un sentido o en otro<sup>53</sup>. Hay un elemento de imprevisión, de riesgo<sup>54</sup>.

La fidelidad no es un mero permanecer, pero tampoco se identifica con la “coherencia” a lo largo del tiempo con el propio ser. Como fenómeno típicamente humano la fidelidad supone la libertad, y por tanto es el resultado de una decisión interior que luego se realiza en acciones exteriores. “La *seguridad* que surge entonces tiene otra naturaleza, se convierte en ‘confianza’”<sup>55</sup>.

<sup>45</sup> “Desde el punto de vista de la adecuación objetiva de los actos, la conducta del animal es mucho mejor que la del hombre: capta con más precisión y con más exactitud” (ELM, p. 114).

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> “¿Cómo crece y se desarrolla un animal sano? Siguiendo sus tendencias. Entonces todo va bien, pues exactos instintos velan para que no entre por caminos falsos. Cuando el animal está harto, no come más. Cuando está descansado, no se tumba sin necesidad. Cuando apremia el instinto de reproducción, lo satisface; pasado su tiempo, calla el instinto” (EPT, p. 120).

<sup>48</sup> Cfr. ELM, pp. 111-112. El autor desarrolla estas ideas en un apartado titulado *Lo ético y el hombre*.

<sup>49</sup> Cfr. ELM, pp. 113-120.

<sup>50</sup> Cfr. ELM, p. 114.

<sup>51</sup> ELM, p. 114.

<sup>52</sup> ELM, pp. 153-155.

<sup>53</sup> Cfr. EPT, p.120.

<sup>54</sup> Cfr. ELM, p. 138.

<sup>55</sup> ELM, p. 138.

Y es la confianza una dimensión que me parece fundamental para comprender la noción de fidelidad. La etimología une a ambas palabras: *fidelitas* y *fides*, como destaca también Guardini<sup>56</sup>. El hombre que confía, sabe que puede ser traicionado, la fidelidad deja lugar a la duda<sup>57</sup>, pero es en esa confianza donde debe apoyarse la fidelidad.

### c) Fidelidad como confianza

Comenzamos con una afirmación que aparece en *Una ética para nuestro tiempo*: “La fidelidad supera transformaciones, daños y peligros. No por una fuerza de obstinación correspondiente a un carácter. Esto puede ser así, y feliz quien la posee. Pero la fidelidad es algo más que esto, algo diferente, a saber: la firmeza resultante de que el hombre haya tomado algo en su responsabilidad y lo sustente. Supera las mutabilidades, daños y amenazas de la vida, partiendo de la fuerza de la conciencia”<sup>58</sup>.

Una interpretación superficial de la fidelidad como confianza, podría hacernos entenderla como confianza en uno mismo. La fidelidad se lograría apoyándose en las propias condiciones y cualidades, manteniéndose con fijeza y coerción en una línea de comportamiento. Frente a este reduccionismo Guardini destaca que el hombre fiel toma su fuerza de la conciencia. ¿Conciencia de qué? De la confianza que otros han depositado en él. La fidelidad toma su fuerza de esa confianza.

Uno puede responder con fidelidad a otras personas porque se siente responsable frente a ellas. De un modo gráfico muestra esto Guardini en *Una ética para nuestro tiempo*, mediante el ejemplo de dos personas que se conocen, se enamoran y deciden casarse. Lo que sustenta esa alianza inicialmente, son sentimientos de simpatía, experiencias comunes, modos semejantes de valorar y de relacionarse con las cosas y con otras personas. “Esos sentimientos al principio parecen garantizar la duración para toda la vida. Pero ceden fácilmente, surgen diferencias, tales como siempre se encuentran entre diversas personas, y entonces es el momento de la verdadera fidelidad, esto es, que cada uno de los dos tenga conciencia: el otro confía en mí. Se entrega a mí. Hemos entrado en una alianza que determina nuestra vida. Lo que la sustenta ha de ser lo mejor que hay en nosotros, el núcleo de nuestra humanidad, la persona y su capacidad de merecer confianza. Y entonces empiezan las superaciones”<sup>59</sup>.

La vida ética supone fidelidad a los compromisos asumidos frente a otras personas. Esto aparece con claridad en el pensamiento de Guardini, pero parecería un tanto exagerado afirmar que esta virtud constituya el núcleo de la realización

---

<sup>56</sup> Reflexionando sobre la Revelación, señala: “Crear es, por tanto, una relación de respeto, de confianza, de obediencia; en una palabra, de fidelidad. Tan pronto como analizamos la etimología de la palabra fe, vemos que en su raíz significa ‘fidelidad’. Esta fidelidad no se deja destruir todavía por la duda. Una duda no suprime todavía el deber de la fidelidad” (*ELM*, p. 847).

<sup>57</sup> “Si yo guardo una relación de fidelidad con otra persona –ya sea de amistad, de ministerio, de trabajo, de dirección - puede resultar muy fácil que surja una duda sobre aquel con el que mantenemos nuestra relación: sobre su intención, su derecho, su inteligencia, etc. Pero no por eso cesa ya el deber de la fidelidad. Para que tal cosa se introduzca hay que saber que las razones de la unión no existen, o ya no existen. Pero, antes de que tal cosa haya ocurrido clara y definitivamente, estoy obligado a mantener la fidelidad en medio del trastorno” (*ELM*, p. 847).

<sup>58</sup> *EPT*, p.102.

<sup>59</sup> *EPT*, pp. 99-100.

humana. Además, no resulta práctica como criterio orientador en las acciones en las que no aparecen inmediatamente vinculadas otras personas, o en las que no ha mediado ningún compromiso. Debemos por tanto hacer algunas aclaraciones previas, que permitan entender en qué sentido decimos que la ética de Guardini es un camino de fidelidad al ser.

### III. El mundo como creación

En la obra de Guardini es constante la referencia y el rechazo al pensamiento autónomo propio de la modernidad. En esta línea resulta luminosa la distinción que hace el autor entre la naturaleza entendida como “obra” y la naturaleza entendida como “objeto”<sup>60</sup>. Y ayuda a comprender mejor las tres dimensiones de la fidelidad que hemos destacado.

El hombre medieval entiende la naturaleza y su propio ser como obra de Dios, como algo “pensado y por tanto conocido, querido y en consecuencia valorado, realizado y por ende configurado”<sup>61</sup>. El hombre moderno, por el contrario, concibe la naturaleza como un hecho, una cosa, un objeto, un mero material, que recibe toda determinación de él mismo<sup>62</sup>. “El hombre moderno –son palabras de Guardini- no deja ser al mundo como es, lo descompone, no le permite ser en su propia identidad, sino que busca dominarlo”<sup>63</sup>.

Evidentemente no cabe hablar de fidelidad al ser, si la naturaleza es entendida sólo como objeto, ya que no habría ningún referente o instancia más allá de la propia acción a la cual sujetarse con fidelidad. Guardini expresamente afirma que pretende apartarse “de toda ética que le otorgue al hombre *derecho al capricho*, como si le estuviera permitido hacer con el ser lo que se le antojase; es más, como si tuviera el deber de actuar sólo con su criterio porque, supuestamente, las cosas estarían en un caos”<sup>64</sup>. Califica como tales y por eso las rechaza: al existencialismo, y a todas las concepciones escépticas y relativistas<sup>65</sup>.

La propuesta de Guardini de aceptar la realidad, podemos decir de fidelidad a lo real, tiene en esta perspectiva su justificación. En cuanto obra de Dios, el ser está “cargado de sentido”<sup>66</sup>. Todas las cosas, los sucesos de la vida, y las relaciones humanas tienen una naturaleza propia, que se nos presenta en las situaciones concretas como exigencia que obliga. Por eso puntualiza el autor que “el primer acto que funda la existencia ética es que el ser humano acepte el hecho de su condición *creada*. No como una limitación de lo que realmente desea, sino como su contenido y su sentido”<sup>67</sup>.

La fidelidad como fuerza que supera el tiempo implica actividad pero una actividad entendida como continuación de la obra creadora. La naturaleza como obra, le es dada al hombre para que a partir de ese primer mundo, construya un segundo mundo, pero manteniéndose fiel a la verdad que el mismo Creador puso en las cosas. El hombre moderno absolutiza de tal modo su libertad, que entiende su

<sup>60</sup> Cfr. *ELM*, pp. 765-772; 806-807.

<sup>61</sup> *ELM*, p. 737.

<sup>62</sup> *ELM*, p. 771 y p. 807.

<sup>63</sup> Cfr. *ELM*, p. 803.

<sup>64</sup> *ELM*, p. 38.

<sup>65</sup> Cfr. *ELM*, p. 38.

<sup>66</sup> *ELM*, p. 40.

<sup>67</sup> *ELM*, p. 808.



iniciativa “como legitimada por sí mismo” y entonces “toma las normas para su acción de los fines de cada una de las esferas de actividad”<sup>68</sup>. De este modo surge “una ciencia que rechaza toda proposición que no proceda del objeto inmediato; una política que no quiere sino poder y bienestar, desconsiderando las normas religiosas, éticas y humanas; un arte que reconoce como único sentido la expresión creadora de lo visto y de lo percibido; una actividad económica que sólo busca el incremento de la posesión de bienes, el crecimiento de las magnitudes económicas, etc.”<sup>69</sup>.

Sin embargo, casi instintivamente el hombre pretende la ficción de que no existe una esencia de las cosas, y por tanto tampoco una exigencia esencial<sup>70</sup>. Con gran realismo reconoce Guardini la rebeldía que genera en el hombre el tener que adaptarse a algo que viene “desde fuera”. De una parte, porque la autonomía parece ser más acorde a la dignidad y libertad humana. Por otra parte, porque aparece como más auténtica y rica la experiencia de la infidelidad.

Para poder dar respuesta a estos dos puntos, vemos necesario profundizar filosóficamente con el mismo autor en el misterio de la creación. Intencionalmente me refiero a una profundización “filosófica” de un dato revelado, ya que con gran fuerza señala Guardini que no existe una ética “puramente” filosófica. Justifica esta postura destacando que por una parte, implicaría una reducción del fenómeno ético; y por otra, porque ya no tenemos acceso al estado de naturaleza, al proyecto originario de Dios para el hombre<sup>71</sup>.

#### IV. El hombre como creatura

Desde la Revelación queda resaltada la superioridad del hombre respecto al resto de la creación y -sobre todo- queda fundamentada más radicalmente la relación entre cada hombre y Dios. Pues el texto revelado señala una especial intervención de Dios en la creación de cada hombre. Por tanto, la explicación definitiva de mi ser, y de mi ser tal como soy –con mi entorno, condiciones, etc.- es porque Dios quiso: “No hay nada en mí que estuviera fuera de esta llamada creadora. Yo existo por él y en él sin previa condición y sin reserva”<sup>72</sup>.

Explica Guardini: “Por decirlo de forma tosca, Dios no sólo ha ordenado ‘la realidad humana debe estar ahí’, sino que él me mira y me dice: ‘tú’, y ahora ya está mi nombre ahí: ‘¡sea!’. De este modo mi existencia no es el resultado de una mera orden de realización, sino la respuesta a una llamada. Mi ser mismo es la respuesta ontológica”<sup>73</sup>. Dios no sólo quiere que exista el hombre, sino que quiere que exista yo. Mi propia existencia es querida por Dios.

Dios no se pone “enfrente” para humillar a su criatura, para resaltar su finitud, sino por el contrario, para hacerla posible. Por eso señala Guardini que Dios no es “otro” que compite conmigo. Es falso el dilema o Dios o yo. Por otro lado

---

<sup>68</sup> ELM, p. 769.

<sup>69</sup> ELM, p. 769.

<sup>70</sup> Cfr. ELM, pp. 38-39. El autor destaca que esta es la actitud del egoísta de cada día, y también la del totalitarismo estatal.

<sup>71</sup> Cfr. ELM, pp. 731-912. Esto queda reflejado con gran fuerza argumentativa en la última parte de la *Ética*, que el autor titula precisamente *Ética y Revelación (el ethos cristiano)*. Al estudiar las condiciones que hacen posible el fenómeno ético señala Guardini que para comprender y explicar lo que de verdad es el espíritu es necesaria “una sensibilidad filosófica arropada por un conocimiento religioso” (ELM, p. 144).

<sup>72</sup> ELM, p. 806.

<sup>73</sup> ELM, p. 806.

tampoco es yo, sino Él. Dios existe en su propia categoría: no es ni yo ni el otro<sup>74</sup>. “Dios es aquel que es condición previa para que yo pueda ser yo mismo”<sup>75</sup>. No necesito defenderme de Dios, de sus mandatos, para ser yo mismo, sino que por medio de él yo soy yo mismo<sup>76</sup>.

La aceptación de la condición creatural no sólo no es una limitación, sino que es lo que da contenido y sentido a la vida humana. “Cuanto más plenamente actúa la iniciativa de Dios en el ser humano, tanto más libre deviene la iniciativa humana”<sup>77</sup>. Dice Guardini: “Desde aquí se percibe el abismal sinsentido del anhelo de autonomía. La aspiración de llegar a ser realmente dueño de su propio sentido y libre en sí mismo la destruye la afirmación de que el hombre pueda elevarse en lo que es a partir de sí mismo meramente”<sup>78</sup>.

Dios hizo al hombre y lo puso como un tú frente a su Yo. El ser del hombre, y todas sus acciones adquieren su sentido en relación a ese Tú. Así, a la luz de la Revelación, la exigencia de fidelidad se presenta a cada hombre, de modo insoslayable. Pero esa fidelidad no es una mera fidelidad a un ser sino a una Persona. El hombre es responsable frente a Dios. Cada uno es interpelado por el Tú de Dios, que de cada uno espera una respuesta específica. Fidelidad al ser es -en definitiva- fidelidad al Ser que nos ha creado a cada uno con una misión particular. El hombre “Debe aceptar su condición de realidad creada con libertad y con la seriedad de la responsabilidad plena”<sup>79</sup>.

Sin embargo, la misma Revelación parecería presentar una objeción a la exigencia de fidelidad al ser, ya que en el Nuevo Testamento se enseña: “quien quisiere poner a salvo su vida, la perderá; más quien perdiere su vida por mi causa la hallará” (Mt. 16, 25).

Guardini mismo se plantea esta cuestión y la soluciona mostrando el modo como debe ser entendida esa afirmación<sup>80</sup>. Explica que “Ser uno mismo, permanecer vivo en el propio ser, no es algo rígido; no se realiza aferrándose a la propia posesión inmediata de uno mismo. Es algo elástico, incluso dialéctico. Sólo puede realizarse en un acto en el que aparentemente se pierde. El hombre no existe en sí, de por sí, para sí, sino referido a, *arriesgado* a lo otro. Es él mismo y lo será cada vez más arriesgándose a no ser él, viviendo en referencia a algo que justifica ese riesgo”<sup>81</sup>.

Para ilustrar esta idea pone un ejemplo<sup>82</sup>: frente a un árbol puedo mirarlo en su utilidad o en los beneficios que me proporcionaría comprarlo. En este caso, no me pierdo de vista a mí mismo. Otra postura frente al árbol es intentar conocer su estructura, su singularidad, su relación con el entorno, introducirme en la realidad

<sup>74</sup> Cfr. *ELM*, pp. 808-810.

<sup>75</sup> *ELM*, p. 810.

<sup>76</sup> Cfr. *ELM*, pp. 809-810.

<sup>77</sup> *ELM*, p. 810.

<sup>78</sup> *ELM*, p. 810. En la misma obra el autor, sin embargo destaca que “En el pensamiento que reivindica la autonomía se expresa algo correcto, si bien se interpreta falsamente, a saber: que el hombre contemporáneo ha alcanzado la madurez histórico-psicológica, sólo que ha utilizado esta madurez de una forma tal que produce insensatez ética: es el infantilismo del maduro que cree que debería ejercer su madurez creyéndose que no lo es”. Y destaca que en el hombre existe un impulso a la autonomía, y que debe evitarse la acentuación de lo indigno, de la autosomisión, del ser dominado que otorgamos a la palabra ‘obediencia’ (cfr. p. 808).

<sup>79</sup> *ELM*, p. 808.

<sup>80</sup> Cfr. *ELM*, pp. 194-197.

<sup>81</sup> *ELM*, p. 194

<sup>82</sup> Cfr. *ELM*, p. 195.

que tengo ante mí y captar su ser, su belleza, su misterio. En este caso “me olvido de mí mismo y salgo de mi propio ser: surge un ámbito en el que puede tomar figura el fenómeno de árbol”. Y esto puede ser de tal intensidad que uno tenga que volver en sí. Pero en ese volver se ve de alguna manera refrescado, vigorizado. En la medida en que “he salido de mí, al volver desde fuera soy más yo mismo”<sup>83</sup>.

Señala que el hombre sólo se posee a sí mismo cuando se conoce verdaderamente, y por tanto cuando toma cierta distancia de sí mismo –de sus necesidades, de sus gustos- y se conoce a sí mismo como desde fuera. Para eso es necesaria una negación de sí mismo, lo cual no significa hundimiento angustioso en la propia finitud<sup>84</sup>, ni es una invitación a la inactividad<sup>85</sup>. Negación de sí mismo es arriesgarnos a negarnos a nosotros mismos para alcanzar una base incondicional, desde la cual conocernos y comprender el sentido de nuestra existencia. La negación de sí mismo, es salirse del estrecho horizonte de la propia mirada, para vernos a nosotros mismos y a las cosas como “obra”, tratar de vernos desde la mirada del Creador.

Por eso concluimos que es falsa esa dialéctica: libertad-obediencia, finitud-infinitud, autonomía-heteronomía. En el fondo se trata de una concepción equivocada de Dios, el cual es visto como un gran otro, como un ser en oposición al mío y frente al cual debo afirmarme. Aceptar unas normas morales dadas, no se opone a la propia plenitud sino que por el contrario es condición de la misma.

## V. Aparente riqueza de la infidelidad

Ha quedado respondida teóricamente la necesidad que el hombre tiene, en cuanto creatura, de sujetarse fielmente al plan divino sobre la creación y sobre sí mismo. En definitiva su autorrealización exige obediencia al Ser infinito; en eso consiste su bien.

Pero si esto es así, ¿por qué experimentamos muchas veces mayor vitalidad al ser infieles? Se pregunta Guardini: “¿No encierra la acción mala una vivencia positiva, en ocasiones más rica y fuerte que la de la acción buena? Al hacer el mal ¿no tiene el hombre la sensación de estar realizando por fin determinadas posibilidades de su existencia?”<sup>86</sup>. El bien “suena a algo débil y raquítico”<sup>87</sup>; más aún, parecería “lo contrario de plenitud vital, energía, arrojo y creatividad”<sup>88</sup>. Así lo reflejan muchas veces la literatura y las artes plásticas presentando el mal “como lo directamente lleno de colorido y luminosidad”<sup>89</sup> y al bien en cambio, “como algo descolorido, sin atractivo, aburrido”<sup>90</sup>.

Aparecen entonces tres situaciones posibles, que el autor analiza.

---

<sup>83</sup> *ELM*, p. 195.

<sup>84</sup> Cfr. *ELM*, pp. 776-779. Bajo el título *Soberbia y angustia*, el autor analiza estas dos actitudes antitéticas en las que el hombre puede caer cuando olvida su condición creatural.

<sup>85</sup> “La ley fundamental de la auténtica autorrealización dice que el hombre se encuentra a sí mismo en la medida en que se sale de sus propios límites y se entrega a su tarea, de forma que se realiza en la medida en que, olvidándose de sí mismo, cumple la exigencia que en cada momento se le plantea” (*ELM*, p. 51).

<sup>86</sup> *ELM*, p. 71.

<sup>87</sup> Cfr. *ELM*, p. 380.

<sup>88</sup> Cfr. *ELM*, p. 380.

<sup>89</sup> *ELM*, p. 71.

<sup>90</sup> *ELM*, p. 71.

a) Guardini admite que en ocasiones, al hacer el mal, o ir contra el orden y la norma “puede darse sensación de mayor intensidad de vida que en la fidelidad al bien”<sup>91</sup>. Pero –explica- que cuando se elige el mal, “lo que así se quiere es siempre un valor positivo: posesión, poder, felicidad, una relación humana, la culminación de una obra. Y ese objeto en sí mismo, en cuanto tal aún no es el mal; si la situación cambia, puede convertirse sin más en una acción buena. El mal consiste en que dicho objeto es querido en un mal momento o en una medida equivocada, y por eso es negativo”<sup>92</sup>. Fiel a su formación agustiniana, aclara que “lo que tiene de positivo es siempre el bien negado”<sup>93</sup>.

b) Desde su experiencia pastoral reconoce que muchas veces el mal es elegido en cuanto permite romper con algo rígido que nos encorseta y abrir a la vida un espacio nuevo. Esto se da como reacción cuando el bien es presentado en sus formas devaluadas; por ejemplo, “cuando ‘buena persona’ equivale a hombre mezquino y pobre de espíritu, o cuando los ambientes éticamente correctos son estrechos e intolerantes”<sup>94</sup>. Explica que lo que se quiere en definitiva en esos casos es el bien sano en lugar del enfermizo que viven algunas personas<sup>95</sup>.

c) Plantea, sin embargo, una tercera situación: la posibilidad de que el hombre elija el mal por sí mismo. En esas personas que experimentan gusto haciendo el mal por sí mismo, se ha dado una perversión o patología tal, que han quedado en esa situación<sup>96</sup>.

Es posible que determinadas experiencias humanas nos den una sensación de plenitud, de felicidad, de realización. Pero si no nos ligan con el verdadero sentido de la realidad, si no responden a la verdad de nuestra naturaleza, terminan cansando, hastiando, vaciando de sentido la vida<sup>97</sup>.

Aunque la vida ética requiera un elemento de ascesis no se identifica con una actitud puritana. Tampoco se reduce a la lógica del instante propia del hedonismo. Señala Guardini que ambas posturas –puritanismo y hedonismo- falsean el fenómeno ético. “No es verdad que el placer constituya el sentido y el fin de la conducta. Con esta visión la vida se descompone; pierde su seriedad y su sentido. Pero tampoco es verdad, por otro lado, que el placer sea algo ambiguo o incluso malo. Esta visión quita a la vida su brío, su color, su luz, y la experiencia nos

---

<sup>91</sup> *Ibidem*.

<sup>92</sup> *Ibidem*.

<sup>93</sup> *ELM*, p. 70.

<sup>94</sup> *ELM*, p. 71.

<sup>95</sup> Cfr. *ELM*, p. 71.

<sup>96</sup> Cfr. *ELM*, pp. 72-73.

<sup>97</sup> “De suyo, la finitud no tendría por qué ser sentida como angustia. También podría ser recibida con ánimo, seguridad y confianza, si supiera que es una angustia creada y mantenida por aquel que la ha creado. Pero todo eso ha desaparecido cada vez más en la modernidad, de la que Dios ha sido tachado cada vez más, y el hombre ha querido cada vez más quedarse decididamente a solas consigo mismo y con el mundo: ahí ha surgido esta angustia. Al principio todavía no recibió de este modo la angustia, porque aún no se encontraba en ella la conciencia de la finitud, y el ser humano veía al mundo como un infinito. Este mismo sentimiento de infinitud le acompañó en su propia historia, rodeándole de una atmósfera que le mantenía, viniéndole de él una oscura pero intensa confianza. Sin embargo este sentimiento desaparece, y por todas partes llega hoy a nosotros la conciencia de que el ser es finito en cada una de sus dimensiones, y de que en torno a este ser no está sino la nada. De ahí viene la angustia, ella y todos los sentimientos marginales unidos a ella, tales como el asco, el vacío, el hastío, la ausencia de sentido” (*ELM*, p. 778).

muestra las consecuencias (el cambio de conducta tras una educación demasiado estricta o tras una larga tradición puritana)”<sup>98</sup>.

La fidelidad al ser implica sensibilidad con el verdadero valor de las cosas y esto hace que la vida sea verdaderamente lograda. La atracción que la infidelidad y la desobediencia ejercen en el hombre, es manifiestamente un engaño. Toda su luminosidad le viene del aspecto de bien que puedan tener esas acciones, o por el contraste con las limitaciones con que el bien se presenta en determinados momentos.

Guardini explica cómo no es posible mantener el valor incondicional del bien, sin ligarlo a un ser absoluto. Por eso afirma que desde la autonomía no puede ser fundado ningún valor. Esto es lo que ha pasado con el hombre moderno: ha intentado mantener la riqueza y consistencia de la realidad fundamentándola en sí mismo<sup>99</sup>. Como consecuencia, se han perdido los valores que pretendía conservar: la autoridad dejó lugar a la violencia; la obediencia se transformó en esclavitud; la supuesta autonomía derivó en un totalitarismo del Estado que invade hasta los pensamientos e intenciones<sup>100</sup>. En este contexto de fidelidad, resulta significativo que Guardini califique de “desleal” la actitud del hombre moderno que “ha rechazado la Revelación cristiana, la ha atacado y la ha sometido a descrédito” y, sin embargo, “ha vivido constantemente de su herencia histórica y psicológica”<sup>101</sup>.

Por eso, a la luz de la historia y de lo que venimos analizando, cobran especial relieve las palabras de Guardini:

“Pero ni el contenido de ser y de sentido de la naturaleza, ni el del sujeto humano, bastan para fundamentar la verdadera validez.

Tampoco alcanzan a fundamentar el carácter de incondicionalidad de la persona. Nada de lo que denominamos dignidad, libertad, honor, responsabilidad, puede derivarse de la situación empírica de la identidad personal, como tampoco de la naturaleza de la sociedad, o de cualquier otro proceso histórico.

Lo que realmente fundamenta aquella validez sin la cual no puede vivir el sujeto humano son las consecuencias que la Revelación ha introducido en las instituciones humanas, así como en la configuración de su propia alma, de ahí aquello que los teóricos y prácticos de la autonomía recababan para sí con tanta seguridad –por no decir con tanta impertinencia- fue sólo posible porque otros existieron en la fe verdadera. Esta deslealtad, incluso este usufructo, se verá cada vez más claramente en los tiempos venideros, y su fruto será el nihilismo”<sup>102</sup>.

La exigencia del bien se nos presenta siempre de formas diferentes en relación al tiempo y al lugar<sup>103</sup>. Pero en sí misma y en cuanto tal, esa exigencia es incondicional y universal, trasciende las categorías de tiempo y espacio.

---

<sup>98</sup> *ELM*, p. 29.

<sup>99</sup> “La conciencia moderna toma al mundo como realidad indiferente. Luego llega el ser humano, dirige hacia él su fuerza sentiente, valoradota, y dice: eso es bello, eso es noble, eso es valioso, eso es útil, etc. En sí misma la naturaleza carece de valores, los valores los pone en ella el ser humano” (*ELM*, p. 807).

<sup>100</sup> Cfr. *ELM*, p. 846.

<sup>101</sup> *ELM*, pp. 801-802. En p. 801 califica de “deslealtad” a la actitud del hombre contemporáneo. Aunque es claro que esta actitud se inicia en la modernidad, por eso hemos preferido referirnos al hombre “moderno”.

<sup>102</sup> *ELM*, pp. 802-803.

<sup>103</sup> Cfr. *ELM*, p. 35.

Si fuera el hombre el que da sentido a las cosas, es lógico que a la larga o a la corta éstas cansen, hastíen. La necesidad actual de ruidos, estímulos, experiencias nuevas, se debe en gran parte a esa negación de un fundamento trascendente a lo real. Sin embargo, sostiene Guardini, sólo Dios –Bien trascendente<sup>104</sup>- colma de sentido pleno toda la realidad. Sólo lo incondicional confiere a la vida su sentido<sup>105</sup>.

## VI. La primera fidelidad

Y otra vez la Revelación nos aporta una nueva perspectiva que nos ayuda a profundizar aún más en esta exigencia de fidelidad.

Dios creó el mundo libremente. Guardini destaca que Dios “no lo hizo por juego, sino con divina seriedad”<sup>106</sup>. Y añade “Se puede decir realmente: le concedió su fidelidad, al decir que era ‘bueno’”<sup>107</sup>; al crear el mundo Dios “se vinculó” con él<sup>108</sup>.

Sin embargo, cabría la posibilidad de que pasado el entusiasmo de la creación, Dios se cansara de ella por su misma finitud jamás superable. Esto es – señala- una “puesta a prueba de la fidelidad de Dios”<sup>109</sup>. Dios creó al mundo libremente, pero también libremente lo conserva en el ser. Es la fidelidad incondicional de Dios el fundamento de la bondad de las cosas. Dice Guardini: “Esa es la primera paciencia: que Dios no rechace al mundo, sino que lo conserve en el ser, que lo mantenga en honor, que, si así puede decirse, le guarde fidelidad para siempre”<sup>110</sup>.

Y a esta primera prueba se añadió otra, ya que el hombre introdujo el mal en la creación. Una prueba que “No procedía de la naturaleza de las cosas, sino de la historia, de la libertad del hombre, de un abuso de esa libertad, de su sublevación, y vuelve a surgir siempre, una y otra vez, de la rebelión del hombre”<sup>111</sup>. Pero Dios “no se harta” del hombre, Dios le tiene “paciencia” a su creación. “Entonces la fidelidad de Dios llega a ser un concepto básico de la Revelación”<sup>112</sup>.

La fidelidad de Dios es también la condición de posibilidad de nuestra propia fidelidad. Nuestra vida descansa en la fidelidad de Dios. “De Dios viene la fidelidad al mundo. Podemos ser fieles porque sólo Él es fiel y porque nos ha dispuesto, como imágenes y semejanzas tuyas, para la fidelidad”<sup>113</sup>. Aunque la fidelidad suponga un riesgo, y no nos movamos en una absoluta seguridad, en realidad podemos decir que vivir confiados en ese Dios Creador es paradójicamente el riesgo más seguro, ya que se trata del ser más incondicional.

Y así, aunque las exigencias concretas del bien en las distintas circunstancias, puedan presentarse como arduas, y resulte difícil mantenerse fieles, sabemos que conviene dar el salto de la confianza. La perspectiva de la fidelidad de Dios, nos

<sup>104</sup> “Desde Platón, a través de Plotino, hasta San Agustín, se pone de manifiesto cada vez con mayor claridad y fuerza el carácter religioso del bien, en el que se basa su trascendencia” (ELM, p. 45).

<sup>105</sup> ELM, p. 796.

<sup>106</sup> Cfr. EPT, p. 105.

<sup>107</sup> Cfr. EPT, p. 105.

<sup>108</sup> Cfr. EPT, p. 105.

<sup>109</sup> EPT, p. 106.

<sup>110</sup> EPT, p. 59.

<sup>111</sup> EPT, p. 106.

<sup>112</sup> EPT, p. 106.

<sup>113</sup> EPT, p. 107.

enfrenta con una visión errónea de la moral, que –a juicio de Guardini- “se ha vuelto excesivamente doctrina de lo prohibido”<sup>114</sup>.

Advertimos cómo desde esta perspectiva Guardini logra resaltar lo que señala como objetivo en la Observación previa a *Una ética para nuestro tiempo*: “que el conocimiento del bien es motivo de alegría”<sup>115</sup> y porqué afirma que la frase “yo debo hacer el bien” en definitiva se reemplaza por “esta frase ‘tengo la suerte de poder hacer el bien, me ha sido concedido realizarlo’”<sup>116</sup>. Gracias al infinito y en tensión hacia ello, nosotros podemos afirmar nuestra consistencia finita y afirmarnos en ella.

Llegamos así al punto final de nuestra reflexión, y donde la dimensión de fidelidad adquiere ese sentido más pleno de “confianza”, de “fe” que contiene en su raíz etimológica. Es posible entender la fidelidad al ser como confianza, porque detrás de las exigencias del bien que se nos presentan en las situaciones concretas, aparece el Creador como Tú que nos encomienda una tarea determinada y confía en nosotros. La responsabilidad que caracteriza la conducta ética, es responsabilidad ante Dios.

Pero nos sentimos movidos a responder fielmente, no por un sentido del deber –aunque esté presente- sino empujados por la confianza. Hago el bien porque hay Alguien que confía en mí, Alguien infinito que sabe que puedo traicionarlo y que a pesar de todo se arriesga, y me mantiene en el ser. Al decir que nuestra vida descansa en la fidelidad, está refiriéndose Guardini a una fidelidad primera, la del infinito que corre el riesgo de nuestra propia finitud, el riesgo de mantenernos en el ser.

Por eso desde esta certeza de fidelidad y frente a toda engañosa pretensión de autonomía, concluyo haciendo propia la exclamación admirada de Guardini: “Lo prodigioso es cómo, existiendo el infinito, pueda haber “también” ser finito”<sup>117</sup>.

---

<sup>114</sup> *EPT*, p. 12.

<sup>115</sup> *Ibidem*.

<sup>116</sup> *ELM*, p. 380.

<sup>117</sup> *EPT*, p. 171.